

## ***Los universitarios como actores de reformas en América Latina: ¿han muerto los movimientos estudiantiles?***

Pedro Krotsch \*

### **Introducción**

Durante los últimos años hemos visto desarrollarse de manera importante en América Latina la investigación sobre distintas cuestiones que atañen a la universidad. De hecho ya podemos observar la existencia de un campo interdisciplinario relativamente estructurado, con lo que esto significa en materia de grupos de interés, disputas y distribución de prestigio. La problemática de los estudiantes está, sin embargo, ausente como línea de trabajo y reflexión. La primera pregunta que cabe hacer, entonces, es por qué esta ausencia de reflexión: ¿se debe a que los movimientos estudiantiles no existen más? ¿o es que no impactan en la política de la misma manera que lo hacían en el pasado? ¿qué factores han modificado la relevancia de una cuestión que en los sesenta fue objeto de atención importante en las ciencias sociales?

La primera cuestión que aparece cuando uno se sumerge en la revisión de la problemática estudiantil es que los movimientos estudiantiles sí existen tanto en Europa, el Sudeste Asiático, Africa así como también en América Latina y que, además, en muchos casos

---

\* Máster en Estudios Latinoamericanos. Docente e investigador de la Universidad de La Plata y de la Universidad de Buenos Aires. Director del Instituto de Investigaciones Gino Germani - UBA. Buenos Aires - Argentina.  
Correspondencia: E-mail: pkrotsch@mail.retina.ar

contribuyen a remover gobiernos, incluir temas en la agenda política, resistir a las reformas universitarias propuestas, modificar o torcer el rumbo de éstas o, por vía indirecta, desencadenar propuestas de reforma de la universidad por parte de los gobiernos; también han sido objeto de represión, cooptación o han dado simplemente lugar a la negociación por parte de los distintos tipos de régimen político predominantes en la región ¿A qué se debe, entonces, la ausencia de reflexión sobre este actor fundamental de la vida universitaria y social?

Una hipótesis posible es que durante la última década se ha prestado más atención al análisis de las políticas públicas; análisis que, en general, tendieron a realizarse desde una perspectiva normativa que no incluía el análisis dinámico, de proceso, de la implementación de las políticas educativas, de los factores de resistencia y oposición a los cambios o de los efectos de los mismos sobre el entramado social de las propias instituciones. Este tipo de análisis en general deja de lado las prácticas y orientaciones de los distintos actores. Creo también que hemos analizado las políticas públicas recientes, desde una perspectiva estatal-institucional en donde no se consideraba la articulación y los clivajes, a veces borrosos, entre la sociedad civil y lo institucional: las zonas de resistencia, oposición, penetración de valores, prácticas y cultura de la sociedad en la base de las instituciones, poniéndolas en cuestión en un momento en que las mismas se han debilitado como producto de las transformaciones sociales y económicas de las últimas décadas.

Dicho de otra manera, no se incluye en el análisis a los actores que intervienen en el campo de la formulación e implementación de políticas. Al decir esto estoy presuponiendo que los estudiantes fueron actores importantes en estos procesos. Considero que sí lo fueron aunque, en distinta medida, según los países en los que las reformas neoliberales se llevaron a cabo o están tratando de implementarse. Pero en este contexto constituyeron más factores de resistencia gremial que movimientos políticos, movimientos de defensa del statu-quo en rela-

ción al arancelamiento, la evaluación o los recortes presupuestarios, que movimientos de transformación de la educación superior universitaria. Otro factor que ha hecho más opaca la intervención de los estudiantes lo constituye el retorno de la democracia en la mayoría de los países de América Latina, con lo que esto significa en términos de inclusión de las demandas.

De todas maneras parece claro, que durante la última década, los movimientos estudiantiles no han tenido el protagonismo en el campo social y político que tuvieron en otras décadas. Tampoco se observa la existencia de un movimiento que tenga un carácter *epocal* en el sentido de la década del sesenta cuando los movimientos emergían en distintos contextos nacionales y regionales atizados por los mismos o parecidos ideales de liberación política y cultural. En gran medida podemos decir también, que el modelo de análisis que hoy se ha incorporado a la región deviene del modelo analítico de Burton Clark, en el que se ponderaron los análisis vinculados a la idea de modelos, sistemas, desde una perspectiva internista desvinculada de las muchas veces oscuras articulaciones de la universidad con la sociedad civil y el campo de la cultura. El gran actor teórico-práctico fue el mercado pero también el Estado, ogro ya no tan filantrópico encargado de su puesta en escena a través de las políticas públicas (Clark, 1991).

Cabe preguntarse entonces: ¿tienen poder los estudiantes y qué tipo de poder ejercen?, ¿cuál es su poder y papel en el campo universitario? ¿Qué significa hoy ser estudiante? en un contexto en el que la universidad ahora se ha masificado y complejizado en términos de sectores y niveles de decisión en toda la región. La bibliografía nos muestra que el análisis del movimiento estudiantil ha sido producido al calor de los acontecimientos y desde la perspectiva del ensayo, desde la reflexión en la coyuntura, desde una perspectiva en la que prima la política. Esto último parecería, sin embargo, ser un indicio del carácter fundamentalmente político más que gremial del movimiento estudiantil.

Pero también puede estar indicando la existencia de nuevas prioridades temáticas en el campo de las ciencias sociales.

En este trabajo plantearé de manera descriptiva el escenario de la Reforma Universitaria del 18 y su importancia para la región. Considero que esta es la matriz dentro de la cual se desarrolló una fuerte participación de los estudiantes en la vida política e institucional de América Latina que se extiende hasta hoy. Luego trataré de recordar la discusión en torno al protagonismo estudiantil en los sesenta y setenta, cuando el movimiento estudiantil adquiere un talante y estilo que se extiende a lo largo y ancho del planeta. Posteriormente trataré de poner la discusión en el marco de lo que de alguna manera fue una interpretación acerca de la finalización o debilitamiento del movimiento estudiantil, cuestión de la que comenzaba a hablarse hacia finales de los setenta, como producto de la emergencia de la universidad de masas y la creciente diversificación institucional de los sistemas. Finalmente, haré un recorrido por otros escenarios geográficos, culturales y políticos, para volver a la región y pensar qué acontece hoy y qué cuestiones analíticas requiere el dar cuenta del movimiento universitario en nuestros días.

Lo que parece hoy irrefutable, es que las condiciones sociales, la universidad, la subjetividad y las orientaciones y la cultura de los jóvenes se han modificado. Se ha pasado (sin entrar en la discusión) de una modernidad no realizada a una posmodernidad deshilachada en la que tanto instituciones como sujetos se debaten en torno a la búsqueda de nuevos sentidos. A pesar de todo lo señalado, creo que en América Latina, los movimientos estudiantiles todavía darán mucho que hablar a políticos, ensayistas, periodistas y académicos.

Es evidente que el escenario institucional, la segmentación social del sistema, la masividad de algunas universidades y las peculiares características de otras -generalmente privadas, que funcionan ahora como nichos de reproducción de las élites globalizadas-, han modificado el panorama, no sólo con relación a las primeras décadas del siglo sino

también en relación con la transición de los sesenta, cuando todavía la universidad pública constituía un dispositivo estratégico de los Estados nacionales. Pero todo esto no nos permite inferir que el movimiento estudiantil ha muerto. Su enorme presencia numérica (casi 10 millones en la región) en el contexto de una crisis profunda de la sociedad, la economía, la representación política y las perspectivas de futuro no pueden constituir un dato menor. Por otro lado el argumento de que la diversidad institucional dentro del sector público o la emergencia del sector privado constituyan un factor disuasor de la conformación de movimientos estudiantiles es refutado, por lo menos, en el caso del movimiento estudiantil norteamericano de los sesenta.

### **Los ideales de la Reforma Universitaria de Córdoba en la conformación de una tradición de participación estudiantil.**

La Reforma como idea e ideal de universidad democrática y comprometida socialmente ha sido objeto de ataques permanentes en la última década, durante la cual se intentó reemplazar la concepción de espacio público en el que se elaboran identidades y sentidos, por una concepción de la universidad asimilada al modelo organizacional de la empresa. Su productividad debería ser medida a partir del comportamiento de las variables que configuran su eficiencia interna y cuya eficiencia externa se reduciría a su pertinencia respecto de las señales del mercado. El romanticismo, arielismo y latinoamericanismo, el carácter juvenil y generacional, la idea de vanguardia intelectual de aquél movimiento de la Reforma (que en los hechos también ha desaparecido como épica o ha sido desfigurado) parecen incompatibles con este nuevo entramado de sentidos que confluyen en torno a criterios de eficiencia y utilidad de las instituciones y carreras individuales, de la preeminencia

de valores expresivos en los jóvenes, de emergencia de nuevas formas de construir la identidad y la solidaridad fuera de la institución universitaria y que de distintos modos ponen en cuestión la figura tradicional del estudiante.

A pesar de que hemos pasado de la “idea de universidad” como constitutiva de la nación, como pretensión de reflexión de la sociedad sobre sí misma a la universidad de masas, que es más multiplicidad de organizaciones que institución, muchos de los ideales de autonomía y cogobierno de la Reforma siguen vigentes como principios que orientan las prácticas estudiantiles y la organización y gobierno de muchas instituciones universitarias en América Latina. En gran medida aquellos ideales están hoy en la región menos incorporadas como orientación movilizadora de los actores que cristalizadas en las formas de gobierno de las universidades de la región, por lo menos en aquellos países en los que la Reforma tuvo influencia histórica.

La universidad ha sido para América Latina como para todos los espacios no europeos una institución transferida. Durante la colonia su existencia en la región fue precaria, una creación desde arriba, desde la Corona o el Papado, en un contexto de relaciones sociales que no requerían o valoraban una institución de estas características. En este sentido la universidad latinoamericana como momento de lo estatal concebido como lugar de lo público, no tuvo como fermento de su creación a la sociedad civil, como pudo ser el caso norteamericano, o de equilibrio y tensión con la sociedad civil como sucedió en Europa. En muchos lugares como en la Argentina, la educación fue el instrumento utilizado para el desarrollo del ciudadano y la expansión de la sociedad civil. En nuestro contexto –y probablemente en otros países de América Latina- la universidad, y en especial el movimiento de la Reforma, desempeñó un papel significativo en la construcción de la moderna ciudadanía política y de articulación con demandas ciudadanas difíciles de observar en la actual vida universitaria.

Su inserción y arraigo en la sociedad comenzará a tener lugar, como señala Hans Albert Steger, luego de las luchas de independencia, una vez que se consolida un modo de producción agroexportador y los intereses locales requieran de cuadros para la burocracia y las profesiones liberales. Esta “universidad de los abogados” que, en su sentido más profundo es la que tenemos aún hoy en la región, a pesar de la diversificación y complejización así como de la aparente modernización que se ha podido observar durante las últimas décadas (Steger, 1974). En Europa, la universidad moderna expresará a la nación, en un momento superior de su evolución social y estatal. Será el producto de un proceso de diferenciación y complejización del entramado social que se remonta a la Edad Media. En cambio, la universidad latinoamericana pretendió expresar la emergencia de la nación y la modernidad en un contexto de profunda debilidad tanto de los Estados como de la sociedad en su conjunto. Aún en las primeras décadas de este siglo en nuestra región predominarán las relaciones de fuerza frente a la posibilidad de establecer reglas del juego políticas más o menos duraderas. La economía básicamente agro y minero exportadora dejará su marca y su sello en el desequilibrio existente entre formación profesional y producción de conocimiento que caracteriza a la universidad latinoamericana. La Reforma y los jóvenes que la protagonizaron no podrán modificar esta situación estructural, no se realizará la “idea de universidad científica” que fundamenta teóricamente las pretensiones de autonomía.

Estas cuestiones fueron comprendidas por los prohombres de la Reforma de Córdoba del ‘18 cuando señalaban, como lo hace especialmente Julio V. Gonzales, que la autonomía de las casas de estudio es una prerrogativa de la ciencia y la cultura (Gonzales, 1945). Son estas actividades humanas y la libertad que requiere lo que autoriza la independencia. En este contexto podríamos decir que el cogobierno y la democratización de la universidad fueron concebidos en el marco de un sistema de legitimidades fundadas en la idea de “comunidad de sabios”, de la que la universidad profesionalista de hoy está, por cierto, muy

lejos. En la Argentina esta será moldeada, básicamente, por las aspiraciones sociales de los sectores medios, en general inmigrantes, cuya orientación hacia los estudios era y es, primordialmente, tradicionalista en el sentido de la valoración de las profesiones liberales frente a los estudios de carácter científico. La Reforma de Córdoba, impulsada por jóvenes que abrevarán del impulso moral de la revolución rusa y mexicana, y su rechazo a la generación comprometida con la Gran Guerra, fue posiblemente el primer intento y último de reforma endógena, es decir, nacida del plexo de intereses locales. Las dos siguientes serán exógenas y tendrán como modelo académico el norteamericano.

Dos fueron los pilares de este movimiento nacido en la mediterránea y tradicionalista ciudad de Córdoba: la autonomía de las casas de estudio y el cogobierno estudiantil. Se reclamaba democratización frente al manejo de las viejas camarillas académicas, y atención a las demandas sociales de los trabajadores organizados, pues el reclamo central quiso ser la democratización de la universidad y, también, el de la sociedad. En cambio la idea de universidad científica parecía más bien un subproducto de la búsqueda de transparencia y secularización de la vida social y académica incidida por el pensamiento de la Ilustración que demanda por laboratorios y creación de nuevo conocimiento.

Décadas más tarde intelectuales reformistas observaban que la reforma había democratizado los claustros pero no había modificado el perfil de una universidad que atendía prioritariamente los reclamos de movilidad social de sectores emergentes dentro de un modelo productivo poco diversificado y básicamente dependiente, contradictorio con la diversificación y el desarrollo científico de la educación superior. La universidad argentina, azotada luego por dictaduras militares culturalmente integristas, será así fundamentalmente “fábrica de títulos” o “fabrica de tomar exámenes”. Curiosamente esta universidad será pri-

mero una universidad politizada, y posteriormente también partidizada -durante las últimas décadas- en torno a los intereses de los partidos políticos.

Si bien se ha manifestado aquí también la crisis de representación política, el movimiento estudiantil ha tenido una fuerte tradición de participación, al mismo tiempo que, con el retorno de la democracia en 1983, constituye un actor importante en el gobierno de las universidades. Sin embargo, se puede decir que es un actor fundamentalmente democratizador en el campo de los aspectos que hacen al gobierno y los reclamos estudiantiles en detrimento de aquellos referidos a la reforma académica, los planes de estudio, el desarrollo científico, la actualización pedagógica o la reforma institucional. Si el primer término de la ecuación es fuerte y denso, el segundo es precario y difuso: poco interesan el perfil de la universidad, los nuevos métodos pedagógicos o los modelos de gestión, la configuración y orientación disciplinarias o el perfil académico de la universidad. Lo coyuntural predomina al mismo tiempo que el futuro del sistema no es objeto de discusión o reflexión.

En el caso del movimiento de la Reforma, como actor fundamentalmente estudiantil en Argentina, se podría afirmar que fue y es moderno en lo que hace a la democratización de las casas de estudio, en los aspectos políticos de representación, pero no en lo académico, pedagógico, organizacional o científico. Por otro lado crecientemente a partir de los sesenta la demanda de democratización se asimiló a las demandas de democratización y representación propias del campo político subsumiendo la lógica de lo meritocrático-académico en el universo valoral de lo democrático-político. Cuestión que en la Argentina se expresará como un ejemplo más de la falta de autonomía relativa de los distintos espacios funcionales de la sociedad y su subordinación fundamental a la lógica del campo político. Cuestión que alude a la debilidad institucional argentina y a la falta de autonomía relativa de los distintos espacios funcionales de la sociedad.

### Señala al respecto Carlos Waisman

“Es necesario replantear el tema de la autonomía universitaria: la universidad, para cumplir eficazmente con sus funciones básicas (educación general, formación profesional e investigación), requiere autonomía no solo respecto al gobierno o a la Iglesia, como lo planteaba la Reforma, sino también con respecto a los partidos y el campo político (...) los objetivos, la selección de medios, y la evaluación de los resultados de la acción individual y colectiva varían entre áreas institucionales de la sociedad. Los agentes sociales que actúan en contextos tales como un tribunal, una empresa, una iglesia, o un partido político se plantean objetivos distintos en cada caso, y estas organizaciones funciona mejor cuando sus actores eligen medios y evalúan su actividad sobre la base de los criterios más relevantes en cada una de ellas” (Waisman, 1999).

Por otro lado Osvaldo Iazzetta observa la necesidad de sostener la universalidad y el carácter público de los mecanismos de decisión en el Estado y la universidad:

“No nos mueve una intención antipolítica, no cabe la indignación moral ante la presencia de la política en la universidad, lo que intentamos poner sobre el tapete es la partidización de la gestión universitaria, -en especial la confusión entre lo público y lo privado que ella trae aparejada- y el predominio de esa lógica sobre aquéllas que son propias de un ámbito académico, dicha partidización erosiona la dimensión pública de la universidad tanto como la politización del Estado lo hace en este último” (Iazzetta, 1999).

La universidad latinoamericana ha sido y es aún una universidad

profesionalista a la vez que crecientemente politizada, y en el caso de la Argentina partidizada, en la medida en que ha perdido la capacidad de mediar, de traducir lo social, lo corporativo- profesional, lo económico y político en energía institucional propia, en actividad de diferenciación y creación de sinergias diferenciadas, de construir bordes, márgenes y, a la vez, articulaciones con el entorno. En este sentido la universidad argentina, y posiblemente también la universidad latinoamericana, es una universidad atravesada, cuando no penetrada y por lo tanto institucionalmente débil, sujeta a la falta de diferenciación de los campos social, económico y político, lo cual dificulta la construcción de una hegemonía académica que procese su propia conflictividad. No se trata de una universidad comprometida, se trata mas bien de una universidad cautiva, atada al devenir del campo político partidario. El movimiento estudiantil y una concepción deformada de la Reforma del '18 han sido, aunque no en soledad, un fuerte articulador de este proceso histórico.

## **La confluencia de múltiples utopías y futuros en los sesenta: planificación, reforma y revolución**

A partir de los cincuenta la universidad latinoamericana comienza a alejarse rápidamente del denominado modelo de universidad de las élites. Los magros índices de participación del grupo de edad (entre 18 y 24 años) comienzan a expandirse. Crecimiento y diversificación del número de instituciones, emergencia del sector privado, feminización de la matrícula, desarrollo creciente de la profesión académica, fortalecimiento de la investigación e intentos de reforma del modelo académico tradicional sobre la base del modelo de los Estados Unidos promocionados por la USAID, la Fundación Ford, la Fundación Rockefeller, etc. constituyen las tendencias del periodo.

A partir de los cincuenta, el proceso de sustitución de

importaciones, el desarrollo industrial en los países de mayor tamaño, dio lugar a la creciente urbanización y emergencia de sectores medios para los cuales la universidad comenzó no sólo a convertirse en un instrumento de movilidad social, sino también en un medio de acceder a la moderna ciudadanía cuyo desarrollo estaba ligado también a nuevas formas y movimientos culturales de lo que comenzó a llamarse cultura de masas y en la que los medios de difusión jugaron un papel fundamental. La universidad comenzaba a vivir una tensión entre cultura de élite y cultura popular que está fuertemente presente hoy como una de las tensiones que determina la crisis de esta institución.

La nueva juventud urbana se transforma en un estrato discernible que comienza a construir nuevas formas de representación, identidad y ciudadanía. El cine, la música y también la televisión contribuían a dar identidad a este estilo juvenil que se superpondrá en la región con la creciente politización y radicalización de estos estratos. Período complejo en el que se combinan, de manera confusa y dinámica, desarrollo, modernización y radicalización política. Al mismo tiempo, el compromiso con los pobres de la Iglesia Católica y la Revolución Cubana motorizarán utopías que se entrecruzarán con la Alianza para el Progreso y el desarrollismo que predominaba en la región. La seguridad en la existencia de un futuro sujeto a la ingeniería burocrática y un conocimiento no sujeto a negociación, era común a las distintas perspectivas. Múltiples destinos y futuros parecían abrirse: solo las parteras de esos nuevos horizontes parecían ser distintas, pero política y cultura de masas serán, en este período, dos dimensiones que mediarán la capacidad socializadora de la institución universitaria.

Los cincuenta y sesenta combinan también, de manera compleja y multifacética, los ideales de la modernidad, el optimismo de la Ilustración y la técnica social encarnadas en el Estado planificador que se entrecruzan, a la vez, con los proyectos de industrialización y los supuestos de una sociedad que parecía imaginarse cada vez más integrada

social y económicamente. Las utopías parecían recorrer varios senderos, desde aquellos del desarrollismo y la teoría de los recursos y el capital humano en el campo educativo, hasta las alternativas menos oficiales que anunciaban la liberación de las energías sociales a través de la pedagogía, la desescolarización y, más allá en la política, y en sus formas más duras, la lucha armada. El ideal de justicia, y la posibilidad de una sociedad inclusiva e integrada parecían relativamente hegemónicos entre los distintos sectores y proyectos que se debatían el escenario político social.

Esta fue una época de activismo fuerte en el que el movimiento estudiantil se orientó por diversos y múltiples senderos, combinando los reclamos corporativos con reclamos políticos globales, de los cuales abrevaba sentido: la defensa gremial, la rebelión y la transformación social se mezclaban y confundían. Este ciclo, que es mundial, comienza a cerrarse con “el Mayo del ‘68” que mucho debía a la antipsiquiatría y a la Revolución Cultural China, y en el que confluyen a nivel mundial, numerosos movimientos que tienen como epicentro a los estudiantes. Parecería haber sido la consagración, simbiosis y articulación de todos los cuestionamientos: desde el modelo de desarrollo industrial a la de un orden subjetivo que se había cristalizado en la modernidad. Vale la pena citar un párrafo de Martín Hopenhayn que liga aquel momento con nuestras preocupaciones de hoy:

“La revuelta del mayo francés fue, tal vez la máxima expresión -y la última- de politización de la voluntad de ruptura con la cual todavía podemos identificarnos, aunque solo sea parcialmente y como reflejo de lo irrecuperable. La universidad salió a la calle, enfrentó a la policía, puso en jaque al gobierno, obreros y empleados, explotados y reprimidos se plegaron expectantes al teatro vivo de la calle. La juventud hizo de su identidad generacional el lugar de una batalla por el poder, y no sólo una confrontación con

los maestros en el aula o con los padres en el living de la casa. La política fue claramente rebasada por la voluntad utópica, y ésta forzó a la política a ampliar sus escenarios de confrontación” (Hopenhayn, 1994).

Como juego, el poder y su negación, la experiencia del mayo francés se expresará también en distintos países europeos y, por cierto, de manera diversa. En Alemania dejará marcas y señales para la historia: por un lado, el activismo de la Bader Meinhoff; por el otro, “los verdes” y la propuesta de una nueva cultura política y una nueva moral. En los Estados Unidos el movimiento nacido en Berkeley en el ‘67 se extenderá a lo largo de todo el país, tendrá su Woodstok musical, se hará fuerte en las universidades privadas de élite, y al igual que el movimiento europeo dará lugar a reformas que tendrán que ver con la democratización de la gestión y el gobierno de las instituciones e incidirán en el desarrollo de nuevas áreas disciplinarias como los estudios multiculturales, así como en una representación más equitativa de las minorías, lo que para defensores del canon clásico, como Allan Bloom, será el inicio de la decadencia de la universidad norteamericana.

En nuestra región, los sesenta significarán un ascenso de la presencia e incidencia estudiantil. Esta será en muchos casos un parteaguas histórico pues, de la posible elección por parte del Estado entre represión, cooptación y negociación tendió a prevalecer, ya en los setenta, la represión, sobre todo en aquellos países como los del Cono Sur en los que la presencia estudiantil coincidió con una fuerte conflictividad social que será motivo de la posterior intervención militar. En la Argentina el movimiento estudiantil que ya comenzaba a ligarse, directa o indirectamente a las distintas formas de la lucha armada, se convierte desde el inicio del golpe militar de 1966 en el epicentro de la resistencia sobre todo en la ciudad de Córdoba.

El delgado hilo de resistencia que recorre la muerte de un

estudiante en Rosario y en Córdoba finaliza asestando con el Cordobazo en 1969 un golpe mortal al régimen militar del que no podrá ya recuperarse. Las multitudinarias manifestaciones conjuntas entre estudiantes y trabajadores industriales en la ahora industrializada ciudad, reeditaban un capítulo moderno de las viejas luchas, en la que los obreros lo eran ahora de grandes industrias automotrices y los estudiantes pertenecían mayoritariamente a los sectores medios. Sin embargo, todo este proceso que termina con un nuevo golpe, aún más represivo durante el año 1976, tuvo como un actor más a los estudiantes. En muchos casos fueron solo detonantes o catalizadores de situaciones sociales que no habían encontrado su forma de expresión, pero sin duda el protagonista fue la juventud, enrolada o no en los grupos armados. Todo este movimiento fue sobre todo un movimiento de la juventud, dentro del cual los estudiantes constituían algo así como el fermento intelectual, su sistema nervioso, una caja de resonancia que pretendía negar su condición estudiantil al mismo tiempo que la universidad entregaba su sustantividad para convertirse en instrumento de liberación.

En relación al vínculo entre estudiantes y reforma cabe señalar, que si bien el espíritu de la militancia política y estudiantil estaba imbuido por concepciones educativas y pedagógicas alternativas especialmente la pedagogía de la liberación de Paulo Freire, no se planteaba estrictamente una reforma de la universidad. La universidad se había convertido en un instrumento, en un momento de algo más grande y digno: debía dejar de ser una isla para disolverse en el pueblo. Sin embargo, el activismo estudiantil tendrá sus frutos en materia de política universitaria: será un efecto no querido. El régimen desarrollará una política que fue en gran medida también una estrategia de contrainsurgencia y modernización educativa. El resultado inmediato fue la creación de 15 universidades de provincia en lo que fue el segundo gran movimiento de creación de instituciones de educación superior en la Argentina. El diseño de políticas y la modernización universitaria fueron, como sucedió

en otros lugares y espacios, también políticas para la juventud: la relación entre educación y control social se combinaban con la planificación y el desarrollo de reformas universitarias por parte del gobierno militar que se había iniciado en 1966 y habría de caer en 1973.

En Brasil el Golpe Militar del '64 se concentró en la persecución del movimiento estudiantil organizado en la Unión Nacional de Estudiantes pero el desarrollo de la conflictividad militar y el desarrollismo modernizante de los militares les permitió combinar formas duras y blandas de represión, así como distintas maneras de cooptación de amplios sectores universitarios dispuestos a transitar la modernización de la universidad brasileña bajo condiciones de encapsulamiento político. A diferencia de lo que sucedió en la Argentina durante el régimen militar que va de 1966 a 1973 y el segundo posterior a 1976, la universidad brasileña moderna, tal como la conocemos hoy, fue producto de una alianza desarrollista entre militares y sectores académicos que posibilitó la modernización y expansión impresionante del sistema. En la Argentina se fracturará posiblemente para siempre la posibilidad de construir puentes con un pasado educativo que, a pesar de los golpes recibidos hasta entonces, era portador aún de cierta fortaleza institucional y académica.

Chile, cuya tradición reformista había sido siempre precaria, se incluye en esta tradición universitaria a fines de los sesenta. Este proceso culmina con el derrocamiento y muerte de Salvador Allende. La importancia otorgada a los movimientos estudiantiles hizo que tanto en el caso chileno como en el brasileño -y también en el Uruguay- los gobiernos militares trataran de organizar movimientos afines a sus políticas, tarea en la que fracasaron. Si bien Salvador Allende, durante su visita a la Universidad de Guadalajara durante 1971, había señalado el peligro de transformar a la universidad en un instrumento político, la intensidad de los enfrentamientos en su país hacían de la universidad un actor central de la arena política.

El temor a que la universidad fuera devorada por la conflictividad social aparecía como una cuestión que preocupaba a muchos. Por entonces, Henrique Gonzalez Casanova un año antes de Tlatelolco, señalaba: “por tanto, la política de profesores y estudiantes, en el orden intrauniversitario, deberá ser, sobre todo, de índole académica, destinada a mejorar la actividad estrictamente universitaria a partir del correcto ejercicio de los derechos de autonomía y libertad de cátedra”. El autor planteaba entonces la grave cuestión de “como deslindar correctamente” la “política-política” de la política universitaria para “no contradecir los principios en que se basa la universidad” (Gonzalez Casanova, 1972). La masacre de Tlatelolco en el ‘68 marcará sin duda un hito en la historia política de México. Como en Argentina, Brasil y Chile el diseño de la política de reforma y modernización universitaria oficial de los siguientes años estará teñido por la necesidad de control de los movimientos estudiantiles.

Los setenta cierran así un período de intenso activismo estudiantil, en el que varían las formas de organización, así como la combinación entre reclamos corporativos y políticos y las respuestas mas o menos negociadas o violentas por parte de los gobiernos. Constituyó un período de intenso protagonismo estudiantil tanto desde el punto de vista cuantitativo como desde el punto de vista de la intensidad de las luchas y las disyuntivas ideológicas. El plano de lo político, lo social y lo educativo se entrecruzaban con una intensidad que hoy parece difícil comprender. Sin embargo, fue también una época de intensas reformas educativas y universitarias en particular. Fue un período también de crecimiento espectacular de la matrícula y de las instituciones, así como de reformas universitarias que fueron tanto propuestas de reforma como también estrategias de control de los sectores jóvenes de la sociedad. Control social de la juventud y modernización del sistema universitario han sido los problemas que muchas veces se alimentaron mutuamente.

Pero además, para muchos, la universidad para constituirse en

un actor fundamental del cambio debía liberarse de sus ataduras burguesas que la ceñían contradictoriamente. El papel de la universidad podía ser así leído desde distintas perspectivas. El conocido pensador uruguayo Carlos Rama señalaba:

“Como en todos los países del mundo y en la historia, los centros universitarios son siempre ideológicamente más adelantados que la sociedad global nacional. Así sucedió en la Edad Media burguesa europea, así sucede en los EU o Europa contemporánea, y América Latina no es una excepción a esa realidad. También es exacto que la concentración de un número elevado de jóvenes y de intelectuales comprometidos hacen de las universidades latinoamericanas tradicionales centros de resistencia anti-dictatoriales, antifascistas, ricos en actitudes de mentalidad progresista y renovadora. También es cierto que en la hora actual no son justamente las universidades los centros vitales de la Segunda Revolución Independentista Latinoamericana y que en los países que venimos considerando sería falso creerles los motores de los grandes cambios históricos. Nuestra tesis es que en la actual fase histórica, en que ciertos países están ingresando al socialismo, las universidades recobran o refuerzan, sus originales características burguesas, y se hacen incluso baluartes del pasado. Así sucedió en Cuba, se apreció en Chile en 1970-73 y en cierto sentido en Argentina y Uruguay” (Rama, 1973).

Finalmente, la universidad y los movimientos estudiantiles no pudieron anunciar y realizar el futuro, muchos sueños y utopías, válidas o no, quedaron en el camino, en una etapa histórica marcada por la generalización de regímenes militares cuyo principal modo de relación con el movimiento estudiantil fue la represión.

## **El movimiento estudiantil a fines de los setenta: ¿sobrevivirá el movimiento estudiantil en América Latina?**

Hacia mediados de la década de los setenta, se produce un descenso evidente de la movilización estudiantil y de su visibilidad. Durante esta época el centro e intensidad de la participación estudiantil, como lucha política mas que gremial, se traslada a América Central: Nicaragua y el Salvador serán escenarios en los cuales la lucha armada y los estudiantes establecen vinculaciones estrechas que arrastrarán a las universidades al centro de la escena política.

En los ochenta se observa así un nuevo escenario, al mismo tiempo que se trata de interpretar las nuevas tendencias. José Joaquín Brunner y José Agustín Silva Michelena no sólo plantean que a partir de los setenta el movimiento estudiantil ha declinado, sino que habrá de modificar en el futuro sus estilos de participación y organización. En primer lugar se trataría de un problema de identidad que afectaría al conjunto de los estudiantes. Como producto de la multiplicación de instituciones así como de la división entre público y privado la identidad tendería a procesarse de diferente manera, comienza a predominar ahora la heterogeneidad: emergerían “los movimientos estudiantiles” que podríamos interpretar como la sustitución de un sujeto universitario encarnado en los estudiantes, y la emergencia de actores que entran y salen de la escena en escenarios institucionales diversos. Además, los estudiantes han diversificado su origen social, el crecimiento de la participación en la educación superior ha incorporado nuevos grupos sociales rompiendo con la relativa homogeneidad de clase existente anteriormente.

Se señala también que las nuevas formas de gestión institucional, más complejas y burocráticas respecto del pasado, incluyen ahora a un

estrato de expertos y administradores lo cual habría obturado el factor ético-idealista que suponía la participación de los estudiantes en el gobierno de las instituciones. Habría aquí una tensión entre el carácter expresivo de la participación en las instituciones y el carácter racional burocrático que las organizaciones, ahora cada vez más complejas, comienzan a requerir en su sistema de toma de decisiones. Así:

- en la universidad tradicional los profesores constituían un actor secundario: ahora el surgimiento y desarrollo de la profesión académica tenderían a poner límites al papel de los estudiantes.
- el papel del movimiento estudiantil en el proceso de cambio socio-político también habría sufrido alteraciones de importancia, no sólo por el reflujo del activismo, sino porque se señala que los estudiantes orientan su participación ya sea hacia aspectos específicos de la actividad académica o institucional o, al contrario, se incorporan orgánicamente a los partidos o a los movimientos revolucionarios, perdiendo en buena medida su identidad estudiantil básica. Se habría roto aquí también además de una posible continuidad con el pasado, la continuidad entre lo gremial y lo político, dentro de una perspectiva que supone una diferenciación de las esferas de la acción colectiva y, consecuentemente, una creciente racionalización y democratización de las prácticas sociales.

Sin duda que factores vinculados al desarrollo del Sistema de Educación Superior pueden ser elementos que expliquen el actual reflujo, afirmación que en realidad habría que morigerar teniendo en cuenta que la comparación tiene un referente del nivel e incidencia política de 1968, momento y coyuntura, resultado de acumulaciones históricas en el campo de la cultura, el desarrollo institucional y la economía que se habían desarrollado en el largo plazo. En realidad existen aún más factores que se podrían colocar hoy como importantes para la comprensión de una nueva condición estudiantil. En primer lugar, todos aquellos que hacen

al actual status de la juventud y los medios de comunicación, sobre todo el creciente papel que juegan los medios como factor de socialización y construcción de una cultura urbana de masas. Otro factor no menor, que en realidad contiene el fenómeno de la diversificación y creciente heterogeneidad del sistema, es el de la pérdida de centralidad de la universidad así como el consecuente deterioro de su legitimidad y hegemonía.

Con relación a la crisis de la educación básica y media se habla de disolución de la institución educativa tradicional, erosionada desde dentro por la masividad, y desde fuera por el rol de los medios de comunicación, la crisis de la familia y las nuevas formas de socialización tribal. Podríamos preguntarnos, ¿cómo inciden estos factores en la universidad o cómo inciden en los nuevos sectores de jóvenes en su condición de estudiantes?, ¿cómo se articulan, entrelazan, entran en tensión las actuales culturas juveniles con la cultura institucional?, ¿cuál es la relación entre alta cultura y cultura de masas?

La crisis de la institución educativa y la crisis de la universidad no pueden dejar de incidir en la relación que los jóvenes establecen con la institución. De Souza Santos observa que la universidad sufre una crisis de legitimidad y hegemonía al mismo tiempo que una crisis organizacional. Se refiere fundamentalmente a la crisis del paradigma epistemológico tradicional, la emergencia de nuevos modos de hacer ciencia, de nuevos locus de producción científica y la existencia de múltiples y contradictorias demandas: desde la sociedad y el Estado, del mercado de trabajo, la cultura juvenil, etc.. La universidad sobredemandada no parecería poder sobrevivir sobre la base de decisiones racionales y estratégicamente fundadas, solo la “dispersión de conflictos” y la acción adaptativa parecerían ser los recursos a la mano (de Souza Santos, 1995). Lo anterior incide de múltiples maneras sobre el vínculo que los jóvenes como estudiantes establecen con la universidad: ¿qué tipo de contrato se elabora hoy entre los estudiantes

-básicamente integrados a una cultura juvenil- y la institución?

Hoy, la universidad latinoamericana ya diversificada, heterogénea, cuando no fragmentada, pretende ser inducida desde arriba a conformarse sobre la base de la competencia, en una suerte de mercado que no es dinamizado desde las potencialidades asociativas de la sociedad civil, sino desde un Estado que trata de descargar funciones de responsabilidad para recuperarla como control: descentralización y evaluación constituyen más que una búsqueda sustantiva de mejoramiento, un medio de reconstruir la legitimidad perdida como producto de las críticas realizadas al Estado desde el neoliberalismo. Entonces: ¿cuáles son los potenciales efectos que se desprenden de las actuales reformas con relación a la emergencia o no de colectivos estudiantiles? ¿Qué vínculos se establecen entre la nueva cultura juvenil, la cultura urbana popular y la cultura institucional en crisis? Finalmente cabe preguntarse si lo gremial y lo político expresado por la institución universitaria y los partidos políticos expresan formas de representación legítimas para los jóvenes estudiantes de hoy en un contexto en el que se difumina la idea de futuro y la dualización se ha convertido en parte de la naturaleza social y la crisis de representatividad de los partidos políticos recorre la región.

### **En el mundo “amplio y ajeno” los estudiantes existen y son protagonistas de acontecimientos políticos fundamentales**

Los movimientos universitarios existen en la región a pesar de su diferente carácter, sentido y dirección, tanto en Argentina, México, Perú y Chile como en Bolivia y en el resto de América Latina. Contradiciendo las opiniones reseñadas en el punto anterior, en 1998, Philip Altbach creía observar un renacer del movimiento estudiantil que

tenía como ejes de tensión las malas condiciones del presupuesto, la expansión de la matrícula universitaria y la situación política. Consideraba que existían en Europa condiciones parecidas a las de los sesenta, en dos cuestiones fundamentales: expansión creciente y falta de presupuesto (Altbach, 1998). A pesar de que evidentemente estas dimensiones no alcanzan para pretender prever la emergencia de un movimiento social o estudiantil, el autor observaba su emergencia en tres continentes.

El caso de Indonesia remite a un movimiento político, orientado inicialmente a denunciar la corrupción del régimen de Sukarno así como la crisis social que finalmente terminará cuestionando al mismo régimen a mediados de los noventa. En agosto de 1996 miles de estudiantes surcoreanos manifestaron, al mismo tiempo que trataban de marchar hacia la zona desmilitarizada que media con Corea del Norte, para realizar un encuentro con estudiantes de ese país: el objetivo de los 10.000 estudiantes convocados por la organización estudiantil fue la reunificación de Corea. En un país de otro continente, en Nigeria, los estudiantes universitarios darán forma a un movimiento que encabeza la protesta contra la dictadura del General Abi Abacha y sus sucesores. La represión constituyó aquí el medio de mantener provisoriamente las cosas bajo control. Otro tanto sucedió en Burma donde numerosos estudiantes fueron asesinados, de acuerdo al modelo de represión dura de Tianamenn logrando, por lo menos en el corto plazo, controlar la situación. En todos estos casos los objetivos fueron básicamente políticos ligados a la democratización de sus sociedades en el contexto de regímenes represivos.

Otros objetivos, con predominio de lo gremial, parecen tener los movimientos de estudiantes europeos en los que prevalece una inquietud más ligada a su vida estudiantil y laboral. En Alemania a fines de 1997, los estudiantes realizaron movilizaciones masivas en ciudades como Frankfurt y Berlín en protesta por la situación de deterioro de las

universidades alemanas como consecuencia de la falta de presupuesto. En Francia, los estudiantes tomaron las calles durante los últimos años para protestar contra las reformas educativas que pretendían incorporar nuevas formas de financiamiento estudiantil. Al mismo tiempo en la Inglaterra del laborista Tony Blair la imposición de aranceles solo generó respuestas modestas por parte de las organizaciones estudiantiles británicas.

En el Medio Oriente, en Irán, los estudiantes universitarios, intentaron en 1998 derrocar al gobierno, pero fallaron en su intento cuando los sectores conservadores del mismo organizaron contra manifestaciones orientadas a debilitar el movimiento modernizador, en un país en el que el protagonismo estudiantil ha sido tradicionalmente fuerte. No hay que olvidar el papel que los estudiantes tuvieron en la caída del Sha cuando ocuparon la embajada de Estados Unidos. Las movilizaciones alentadas por la consigna de “libertad o muerte y abajo los dictadores” desataron la represión, pero también el conflicto expresaba las crecientes tensiones entre el presidente Chatami y el Jathola Chamenei, entre reformadores y conservadores. En abril de 1989 Hu Yaobang un ex líder comunista chino, muere. Entonces miles de estudiantes se concentraron en diferentes ciudades de la República Popular demandando reformas democráticas. Una de las manifestaciones más grandes se realizó en la plaza de Tiananmen. En la medida que entre los jóvenes crecía la agitación se complicaba la difícil relación entre reformistas y antirreformistas dentro del Partido Comunista Chino. El problema era si el ejército Popular de Liberación Chino debía ser enviado a reprimir a los estudiantes. El 3 de abril se optó por la represión como producto de la cual murieron casi tres mil estudiantes. La paradójicamente llamada Puerta de la Paz Eterna, tradicional lugar de concentración de estudiantes, se transformó en un símbolo para aquellos que deseaban abrir el camino a la democratización de la República Popular China. En casi todos los casos los estudiantes constituyeron en

los países periféricos un elemento que contribuyó a poner en la agenda la necesidad de democratizar la sociedad. Estos movimientos, al igual que los de carácter más gremial como los europeos, no tienen capacidad de sostenerse en el tiempo, salen rápidamente de la escena política siendo reemplazados por otras fuerzas sociales y políticas, sobre todo en los países menos desarrollados.

Sin embargo, poco podríamos prever respecto de lo que pueda suceder en el futuro en las distintas regiones. La frontera que separa lo gremial de lo político es siempre tenue y al mismo tiempo el movimiento estudiantil es en general imprevisible, en un contexto en que la universidad funciona como caja de resonancias, cuya capacidad de amplificar los problemas sociales no es siempre fácil de comprender y menos de prever, aunque el papel del régimen político constituya una variable de importancia central a considerar cuando se realizan estos análisis.

Durante los últimos años el activismo estudiantil latinoamericano tuvo como epicentro la Argentina, Chile, Perú y México. En todos ellos la actividad impactó, aunque de distinta manera, la opinión pública nacional aún cuando -salvo el caso de Perú-, se trató de movimientos básicamente reivindicativos. En el Perú las manifestaciones contra el régimen de Fujimori y el retorno a la democracia fue el reclamo, cada vez más organizado sobre una base nacional de miles de estudiantes en Arequipa, Cuzco, Jaen y otras ciudades. El reclamo se dirigía, fundamentalmente, a la restitución del estado de derecho, el respeto por los derechos humanos, la generación de trabajo, el cese de la intervención en las universidades. A fines de la década pasada se desarrollaron con desigual intensidad en Chile manifestaciones contra la forma como se distribuye el crédito educativo. En México se trató de la ocupación de la Universidad Nacional Autónoma de México cuyo detonante fue inicialmente la problemática del arancel. El conflicto en esta universidad duró casi un año, y expresó de manera posiblemente paradigmática la

articulación entre la cultura juvenil, la movilización política de la sociedad y la debilidad de la institución, en este caso urbana y masiva. A lo anterior se sumó el papel que tuvieron en el conflicto los partidos políticos para los cuales el control de la universidad más grande de México y América Latina constituía un componente de su agenda política. Curiosamente, el impacto del acontecimiento, a todas luces de importancia para América Latina, ha sido débil, por lo menos en la Argentina en la cual la presencia del conflicto en los medios o la discusión universitaria ha sido casi irrelevante. De todos modos llama la atención la escasa repercusión que un conflicto de tal magnitud tuvo en la región e incluso en el sistema universitario mexicano.

En Argentina, la FUA (Federación Universitaria Argentina), una tradicional y poderosa organización estudiantil creada en la época de la Reforma, pudo resistir en 1998 junto a los maestros de primaria y secundaria (con fuerte apoyo de la opinión pública) el recorte que el Ejecutivo pretendía hacer al presupuesto educativo. En la actualidad se abren, sin embargo, nuevas perspectivas para el movimiento estudiantil. La pérdida de hegemonía de la Franja Morada, brazo estudiantil del Partido Radical en el conjunto del movimiento, ha dejado el camino abierto a los grupos de izquierda ligados a pequeños partidos de esta tendencia y a la creciente presencia de agrupaciones independientes (que plantean el rechazo a la intervención de los partidos en la universidad, una cultura menos instrumental y más expresiva, un mayor compromiso ético así como un mayor interés por la institución y sus problemas) que si bien, como corriente significativa, que tiene su origen en 1995, ha reforzado su protagonismo por la sintonía que este tipo de reivindicación independiente -que rechaza el sometimiento a los partidos políticos- tiene con la movilización de la sociedad civil en contra de la política de los partidos tradicionales.

## **A modo de reflexiones finales**

La reflexión final debería hacerse en el marco de los grandes cambios que se han vivido en América Latina y el mundo. Si tomamos como horizonte el espíritu del mayo francés del '68 que recorrió el mundo entrelazando en un vago imaginario global situaciones y acontecimientos arraigados en circunstancias profundamente distintas: ¿puede pensarse, como hace Altbach, que estamos frente a la posibilidad de una nueva gesta estudiantil en el ámbito internacional? o ¿pensar, como lo hacen otros autores latinoamericanos, que en el futuro tendremos movimientos pero no un movimiento convergente dada la mayor complejidad de los sistemas universitarios regionales? Creo que sería apresurado manifestarse sobre la cuestión. Se podría argumentar con pertinencia en uno u otro sentido. Pero la comparación con aquellos acontecimientos ha contribuido a minimizar todos los acontecimientos posteriores. La globalización y la impresionante expansión del nivel terciario en términos de instituciones y matrícula no se fecundaron para dar lugar a nada parecido.

Grandes son los cambios habidos en la universidad y en la identidad multiforme de la juventud así como en el contexto político y social. Veamos primero, y brevemente, lo referido a la universidad. Hoy se habla de una crisis de la universidad lo cual, finalmente, no es tampoco una novedad. Si bien esta crisis está también vinculada al crecimiento cuantitativo del sistema como lo estuvo en los sesenta, se da ahora en el contexto del fin del estado de bienestar, la pérdida de la confianza en el progreso, el mismo cuestionamiento de la idea de progreso y previsibilidad, el debilitamiento del supuesto de integración de la sociedad vinculado a la idea de razón. La dualidad y la exclusión creciente en nuestras sociedades así como todas las manifestaciones vinculadas a esta situación, no parecen ser pasajeras y han de incidir sin duda en la evolución de las instituciones y el comportamiento de los actores

universitarios en el futuro.

Si bien muchas de estas cuestiones estaban presentes hacia fines de los sesenta, hoy se han acentuado, en un contexto en el que la problemática de los jóvenes mas allá de su condición estudiantil adquiere creciente importancia. Eric Hobsbawm resalta en un libro reciente “la nueva autonomía de la juventud”, y señala: “La juventud ha dejado de ser una fase preparatoria de la vida para ser un estado en sí mismo, un estado ejemplar, que el mercado esencializó al mismo tiempo que sus modos de hacer y pensar, de construir la sexualidad y la subjetividad se universalizan” (Hobsbawm, 1995): ¿qué tiene que ver el estudiante de hoy con aquél de los sesenta? Creo que el estudiante de hoy está fuertemente implicado en la cultura de los jóvenes al mismo tiempo que menos adherido a la cultura de la institución universitaria, pues la institución educativa en crisis ha perdido la capacidad de transformar normas y valores en subjetividad. Ha perdido su capacidad socializadora, de construir hegemonía y distancia con el entorno. Al mismo tiempo que junto al debilitamiento de la universidad como espacio de conservación de la cultura de élite, se fortalece la denominada cultura popular de masas, de la cual los sectores juveniles son la espina dorsal, “un estado ejemplar” para la sociedad.

¿Cómo afectan estos cambios a los estudiantes de nuestras universidades, y especialmente a las universidades más grandes o más ligadas socialmente al espacio en el que las esperanzas de una vida mejor parecen desvanecerse? ¿Es posible hablar de “los estudiantes” a pesar de que la diversidad social de los mismos y la heterogeneidad institucional en la que se distribuyen jóvenes cuya cultura es ahora un factor de fuerte impronta identitaria común?. Parecería que no, pero habría que indagar más profundamente al respecto. Una gran diferencia con aquella época de los sesenta es la pérdida de la capacidad interpeladora de la política, también la dilución de aquellas múltiples utopías que apelaban a la razón, la creciente ruptura de los lazos sociales

y la exclusión especialmente de los jóvenes sometidos a procesos de barbarización y tribalización urbana. Varias parecen ser las opciones de los jóvenes frente a la difuminación de las utopías sociales: ascetismo intramundano, hedonismo, mesianismos políticos, integrismos confesionales, tecnologización de la vida, etc.. Como señala Martín Hopenhayn “la identificación sin reservas a una utopía escatológica podrá operar como forma de inclusión en la exclusión. Ante la desesperanza y la falta de referentes de identificación colectiva, la insurgencia en los márgenes: márgenes de la sociedad, de la ley de la democracia” (Hopenhayn, 1994). Hoy la universidad de masas trabaja con los márgenes sociales y culturales, los incorpora y procesa en medio de su creciente incapacidad instituyente.

La universidad, por lo menos la universidad pública latinoamericana, articula una doble crisis: la de su propio desencantamiento y la de los jóvenes. Es en esta franja de encuentro entre sociedad y educación donde veremos seguramente elaborarse formas particulares de movilización que, salvo por la vía indirecta (por la vía de detonador de políticas de reforma educativa y control social) como señalábamos más arriba, como efecto no querido, podrá tener consecuencias sobre la reforma de la institución. De manera que la relación entre reforma y movimientos estudiantiles ha de recorrer caminos sinuosos si es que queremos o pretendemos establecer relaciones entre ambos aspectos de la vida universitaria. Creo también que debido al debilitamiento de una cultura específicamente universitaria las movilizaciones estudiantiles expresarán menos una cultura estudiantil que la de una juventud en búsqueda de nuevos sentidos e identidades, para los cuales la condición de estudiante es una condición parcial de una identidad menos unitaria y más disponible a la experiencia.

Seguramente no deberíamos generalizar lo anteriormente observado, en cuanto a la relación entre institución y juventud al conjunto de las instituciones del sistema, este se diferencia hoy precisamente por

el tipo de contrato que establecen los jóvenes y las instituciones en una sociedad y un sistema cada vez más fragmentado. Una cosa parecería ser cierta para la educación en general y también para la universidad en particular: la mirada vertical adherida a la idea de aparato de estado con la que hemos reflexionado durante décadas no nos permite ya comprender la dinámica de las instituciones educativas. Creo que requerimos prestar atención a aquel horizonte en el que se entreteje, en la base de las instituciones, la lógica de éstas con la dinámica compleja de lo social.

**Resumen** El trabajo realiza un análisis descriptivo del escenario de

la Reforma Universitaria del '18 y su importancia para la región, pues es la matriz dentro de la cual se desarrolló una fuerte participación de los estudiantes en la vida política e institucional de América Latina que se extiende hasta hoy. Se recuerda la discusión en torno al protagonismo estudiantil en los sesenta y setenta, cuando el movimiento estudiantil adquiere un talante y estilo que se extiende a lo largo y ancho del planeta. Dicha discusión es planteada en el marco de lo que fue una interpretación acerca de la finalización o debilitamiento del movimiento estudiantil, hacia finales de los setenta, como producto de la emergencia de la universidad de masas y la creciente diversificación institucional de los sistemas. Finalmente, se hace un recorrido por otros escenarios geográficos, culturales y políticos, para volver a la región y pensar qué acontece hoy y qué cuestiones analíticas requiere el dar cuenta del movimiento universitario en nuestros días.

## Palabras claves

Campo de la educación superior; Movimiento estudiantil; Universidad latinoamericana; Reformas universitarias.

**Abstract** This study makes a descriptive analysis of the back-

ground at the times of the University Reform of 18 and its significance for the region. In fact, it is the matrix where a strong student participation in Latin American political and institutional life was developed -and is still present nowadays. It also reports the disagreement on the leading role students acquired in the 60's and 70's, when the student movement reaches a disposition and style that spreads widely over the world. This argument is set forth in a framework that took into account the student movement weakening and end in the last years of the 70's, as a result of the emerging mass university and the increasing institutional diversification of the systems. To conclude, other geographical, cultural and political backgrounds are looked over so as to come back to the region and think about what is happening now and which analytical issues are needed in order to give an account for the university movement in our days.

## Key Words

Higher education field; Student movement; Latin American university; University reforms.

## Bibliografía

- BOAVENTURA de SOUSA, Santos (1995) **Pela Mao de Alice**, Cortez editora. Sao Paulo.
- CLARK, Burton (1991) **El Sistema de Educación Superior**. Nueva Imágen-Universidad Futura-Universidad Autónoma Metropolitana, México.
- GONZALES, Julio V. (1945) **La Universidad**. Claridad, Buenos Aires.
- GONZALEZ CASANOVA, Henrique (1972) **La Universidad: presente y futuro**. Deslinde N.15, UNAM, México.
- HOBSBAWM, Eric (1995) **Historia del Siglo XX**. Grijalbo-Mondadori, Barcelona.
- HOPENHAYN, Martín (1994) **Ni Apocalípticos ni Integrados**. Fondo de Cultura Económica, Santiago de Chile.
- IAZZETTA, Osvaldo (1999) **La recreación de la dimensión pública de la universidad** (mimeo).
- LEVY, Daniel (1981) **Latin American Student Politics: Beyond the 1960**. Canadian Journal of Political Science 14.
- RAMA, Carlos (1973) **Las Universidades en la Actual Epoca de Transición**. Deslinde N.32, UNAM, México.
- STEGER, Hans Albert (1974) **Las Universidades en el Desarrollo social de la América Latina**. Fondo de Cultura Económica, México.
- TEDESCO, J. C. & BLUMENTHAL (1986) **La Juventud Universitaria en América Latina**. Cresale-Unesco-Ildis, Caracas.
- WAISMAN, Carlos (1999) **"Entrevista" en Pensamiento Universitario**. N.8, Buenos Aires.